

## Los crucifijos

*Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto,  
así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado...*

JUAN 3:14

No daré una versión exhaustiva de los hechos ni me aventuro a precisar más detalles sobre mí, porque el temor me hace cauto y no tengo gran importancia en esta historia sino por mi acopio de versiones de otros, sobre todo la del periodista Adrián Ramírez, desaparecido hace un año en circunstancias poco claras.

Mis huecos son muchos y sé que para algunos quedaré como un testigo fraudulento o un fabulador, un mitómano, pero no me importa. El doctor Raúl Saucedo es real, tanto como pueda serlo según los archivos y semblanzas a los que he tenido acceso, antes de que el silencio oficial acallara su origen y sus rasgos. Estudió Medicina en la Universidad Nacional e hizo allí mismo su especialidad como internista. Luego de algunos años como colaborador de otros médicos renombrados, abrió su consulta en un pequeño departamento al norte de la ciudad, en la confluencia de dos avenidas principales y ruidosas que llevan en veinte minutos a la carretera.

Saucedo se convirtió pronto en un profesional reconocido que daba clases universitarias y operaba en hospitales públicos y clínicas privadas. Sus pacientes lo recuerdan como un hombre alto, de complexión mediana, un tipo de pocas palabras en el diagnóstico con una charla extensa en cuanto a las variantes de la enfermedad y sus posibles derroteros en el cuerpo afectado. Sin embargo, no era tosco ni crudo en sus juicios, mucho menos alarmista, y su interés en otros campos además de la medicina era visible. Recordaba alguna tragedia griega, una

noticia del mundo policíaco o gustaba de analogías entre la mecánica y la fisiología, por citar unos ejemplos.

En su despacho se encontraban manuales de anatomía y revistas especializadas, además de artículos de actualidad sobre diversos padecimientos o males crónicos. Los colegas decían que vivía la soledad normal de un hombre concentrado en su trabajo, que tomaba una copa los fines de semana, gustaba de la lectura, contaba con un matrimonio roto y una hija adolescente a la que ya no veía, pero a quien nunca le faltó lo necesario.

Nada hacía sospechar de actividades más secretas y demandantes. Pero tras las puertas de su librero con llave podían hallarse, según mi amigo Ramírez, un copioso expediente de artículos, *papers* y obras de interés, además de legajos, fotocopias, diagramas y apuntes de libros que denunciaban un estudio pormenorizado de la crucifixión. Había una vieja edición de los *Evangelios Apócrifos*, un Léxico del Nuevo Testamento Griego-Español y una Biblia de cantos deteriorados, llena de hojas manuscritas con abreviaturas no resueltas.

De acuerdo con las investigaciones, el doctor tenía buena relación con dos exalumnos, luego jóvenes médicos en hospitales también al norte de la ciudad, de un tipo físico notable: ambos altos, fornidos y con una aparente calma en los procedimientos que otros confundían con la frialdad o la indiferencia. Entubaban o pinchaban sin problemas, administraban placebos, realizaban pleuresías y colocaban sondas por igual. Eran dos que no se inquietaban ante un cadáver y que podían jugarles bromas a los muertos que pasaban mal entre los demás estudiantes, pero que se toleraban por temor al ridículo.

Aclaro: estas precisiones no son inútiles respecto a Saucedo. Ramírez, como otros periodistas en la elaboración narrativa del caso, descarta que el doctor se paseara en la noche para la captación de individuos. No podía distraerse en esos detalles cuando debía ocuparse de tener sus equipos (termómetros, medidores de presión, oxímetros, pruebas cromáticas de orina; estetoscopio, jeringas, abatelenguas) en perfectas condiciones para cuando el sujeto llegara. Lo recabado se enviaría después a los laboratorios de patología del hospital sin que nadie, extrañamente, cuestionara la procedencia de tales muestras.

Pero continúo. Los dos alumnos, de apellidos Betancourt y Robles, peinaban de noche los alrededores citadinos. El doctor ya había dado instrucciones para los experimentos. Encargaba sujetos delgados, de sexo masculino. Próximos a 1.73 metros, porque sería la estatura aparente de Jesús de Nazaret de acuerdo con los datos, pruebas y proyecciones realizadas en el sudario de Turín, por todos conocido. No aceptaba enanos ni varones con contusiones severas. Mucho menos cojos, mancos o ciegos. No quería que ninguna de estas características restara validez a sus hipótesis.

Saucedo había tomado las precauciones necesarias y no se fiaba de la población en general. Betancourt y Robles tenían indicaciones de atrapar solamente a mendigos y vagabundos de las periferias, cerca de los basureros, bodegas, tiraderos y campos industriales. No convenía dejarse seducir por borrachos ni prostitutas. Querían cuerpos que nadie echaría en falta.

En la oscuridad, un antiguo Valiant azul, reliquia del doctor empleada para esos fines, se detenía al lado de los vagabundos y los invitaba a subir. Posiblemente se ofrecería a los indigentes un poco de comida, una botella de alcohol, un billete como gancho. Ni coches ni patrullas solían transitar por esos sitios a esas horas nocturnas. No parecía demasiado difícil, porque en caso de resistirse, los hombres eran subidos a la fuerza e inmovilizados por los discípulos de Saucedo. Una vez bien amarrados y amedrentados, Betancourt y Robles manejaban hasta una bodega que el doctor había rentado a un comerciante de lácteos y materias primas. El espacio era suficiente para albergar una plancha con amarras y un anaquel con los medicamentos necesarios para mantener con vida a los hombres y obtener los datos para su estudio.

Ramírez, que logró colarse en el sitio durante su investigación, recuerda el piso en tonos crema, un escritorio, un par de sillas y unas cuantas lámparas de luz fría. La sensación polvosa del suelo, además de los sudores atrapados como una memoria de las presencias humanas. Solo una ventana superior filtraba el aire de la noche. Sin aparente dificultad, Saucedo conseguía las medicinas en el dispensario del hospital, ayudado también por los agentes de diversos laboratorios, que le proveían una dotación de muestras o le hacían descuentos en fármacos a cambio de una comisión que mantenía su boca cerrada.

El doctor había mandado construir el pequeño patíbulo al final de la bodega. La cruz se levantaba en el fondo central del recinto. Daba su sombra sobre el piso y era quizá más siniestra por ser el único lugar que poseía la iluminación propicia cuando iniciaba el penoso espectáculo. Alguna vez fue un conjunto de maderos lucientes, barnizados y pulidos, pero luego de la primera ejecución nunca se ocuparon de limpiarlo a conciencia. Ramírez ha escrito que ya empezaba a astillarse, además de que se había tatuado con una vaga silueta, oscurecida por el sudor y otros flujos corporales.

Entiendo que a Saucedo no le importaba crear una atmósfera coherente con el tiempo histórico del Cristo. No colocó arena, ni una inscripción latina, ni alimentó con frutos del desierto a sus individuos. Quizá el decorado le parecía superfluo frente a la relevancia del acto y se contentaba con la efectiva tosquedad de la bodega.

Años y años de estudios se ponían al descubierto allí, en carne viva. Una docena de hombres es el pronóstico oficial, aunque con seguridad es bastante reservado. La cruz, abatible gracias a un sistema de poleas, descendía hasta una posición horizontal y allí Betancourt y Robles ataban el cuerpo y punzaban con delicadeza las cabezas malolientes con espinos, previo calentamiento del individuo mediante golpes, patadas, latigazos y esputos. Anestesia local en los miembros superiores, quizá un trago de alcohol. Aunque se encontró una Biblia en el sitio, se desconoce si era utilizada en la recitación de algún pasaje.

El procedimiento empezaba entonces. Saucedo tenía la convicción de acabar con las teorías que, de boca en boca, de artículo en artículo, y repetidas hasta el cansancio, habían oscurecido el suceso. Se pensaba que Jesús de Nazaret había muerto de asfixia y colapso pulmonar debido a la

posición erguida de su crucifixión, tormento incrementado por la falta de una base dónde colocar sus pies y que sirviera de apoyo al resto de su cuerpo.

Los métodos para suspender los cuerpos de los vagabundos de aquella viga de madera también le planteaban interrogantes a Saucedo. Autores negaban la posibilidad de que los clavos atravesaran las manos de Cristo, debido a que esto produciría un desgarramiento de tejidos y haría que el peso completo precipitara el cuerpo hacia abajo. Aquello desgarraría progresivamente los miembros, aunque no serviría al propósito principal: la agonía dilatada, terrible, ejemplar de los criminales o enemigos de Roma, pero que debía culminar en una muerte efectiva en el madero y no en una simple gangrena.

Más factible era, según las notas de Saucedo (con posible influencia de otros autores aunque no siempre la reconozca), que los hombres fueran clavados con el pincho en un ángulo agudo que iniciara en la muñeca (no en la mano) y se incrustara diagonalmente en los dos huesos (radio y cúbito) que forman el brazo. Para ello, recordaba la observación de que en el original bíblico en griego, el término vernáculo designaba un campo semántico-corporal más amplio que el de los idiomas romances. Según el doctor, el vocablo χείρ en lengua griega abarcaba la muñeca y la parte próxima a la palma. Los cuerpos de otros mendigos narran también que el doctor exploró la posibilidad, sugerida por Zugibe, de que los clavos entrasen en la base del pulgar y cruzaran por el túnel carpiano hasta la muñeca.

Solo es posible imaginar las discusiones con Betancourt y Robles, que seguían los procedimientos con un respeto y una lealtad que hacen pensar en el arrobamiento, si no en la sumisión. No cuesta recrear mentalmente los experimentos de Saucedo en aquellas noches de octubre y noviembre de hace unos años, cuando los fríos y las lluvias cobijaron la desaparición de decenas de mendigos que han ido localizándose en cunetas, tiraderos o lechos de ríos putrefactos. Luego de echar llave en la bodega, se sucedían los gritos y maldiciones de aquellos elegidos, sus posibles desmayos e intentos de fuga. La velada llegaba a su punto más álgido cuando los mendigos eran levantados a unos dos metros y medio de altura e iniciaban su tormento en aquel altar replicado, primero en sombras, luego deslumbrados por la lámpara fría, quizá incrédulos ante las mediciones y registros que el médico realizaba con parsimonia.

¿Qué buscaba Saucedo? ¿Cuál era el motivo de su pesquisa? Una actitud atenta y metódica puede suponerse por sus cuadernos bien divididos en horarios y cifras de presión arterial, temperatura y pulso. Numeraba simplemente a los hombres. Suministró un poco de azúcar a algún hipoglucémico, esperó un poco con un taquicárdico, perdió a uno que ya sufría problemas de hidratación a mitad del proceso. El trazo firme y descendente en las líneas y las cantidades anotadas retrata su determinación. Saucedo corroboraba que la suspensión en un ángulo entre sesenta y setenta grados permitía la vida de los mendigos y contradecía la teoría de la asfixia por hiperextensión pulmonar. ¿Qué buscaba Saucedo? ¿La verdad?

Los episodios de dolor e incomodidad se producían sin descanso. En las notas impresionistas del médico, licencias poéticas para su mente organizada y analítica, Ramírez recuerda

haber leído que los vagabundos se retorcían tratando de enderezarse y clamaban a gritos cuando iniciaba en ellos el descoyuntamiento tras horas en la posición pendiente, intentando doblar (sin conseguirlo) las rodillas para evitar el tortuoso jalón en las vértebras, los pies sujetos por un clavo, además de sufrir síntomas del shock y deshidratación como consecuencia de los azotes y los golpes con que Betancourt y Robles los habían sometido.

¿Qué había en la mente de Saucedo entonces? ¿Qué descargo, que lo dejaba impartir su clase sin mayor conmoción u operar a sus pacientes con el pulso firme, a unas pocas horas de estos acontecimientos? Nadie le recuerda un momento de culpa, una palabra ni un dicho al respecto. Por el contrario, puede aseverarse que luego de las crucifixiones, a Saucedo lo acometían episodios de euforia o agilidad que sus colegas notaban, pero que no les causaban gran extrañeza: meros destellos de energía en el carácter responsable, cortés, pero siempre distante, del médico. (No descartaban la ingesta de alguna sustancia, aceptada tácitamente para desvanecer la tensión, las horas de insomnio y la morosa rutina de los hospitales).

Ramírez me repitió hasta el cansancio, como hizo con los encargados de la investigación, que los motivos de esta conducta están en los cuadernos de Saucedo, actualmente en poder de la policía, ocultos por alguna mano o sumidos bajo montones de folios y legajos. Mi amigo no olvidaba la lectura de algunos fragmentos entre la nitidez de las cifras: una letra enrevesada y casi barroca que contrastaba con la limpieza de los cuadros y anotaciones técnicas. En estos textos, el doctor debatía la posibilidad de que la crucifixión hubiera sido matizada en su crueldad en la versión canónica: en particular, le extrañaba que el relato bíblico no revelara detalles fundamentales de la muerte de Jesús.

Según Saucedo, la recreación de los sufrimientos de Cristo en toda su crudeza hubiera expuesto la amalgama de cobardía y gozo extático que vivieron los discípulos que atestiguaban su muerte. Pensaba, incluso, que la inmolación de su maestro los había satisfecho. Los Evangelistas eran un grupo de seguidores sádicos, fascinados por la tortura humillante de su líder.

Pero la recreación de los crucificados era más que una manera exagerada o morbosa de Saucedo para sopesar el sustento de la fe cristiana. El doctor se aventuraba a decir que muchas de las pruebas y los tormentos corporales habían dejado en los vagabundos una sensación de calma y limpieza, una catarsis genuina que también a él le permitía atender con mayor efectividad a sus enfermos. Para Saucedo, el sentido ritual de la crucifixión mantenía intacto su carácter expiatorio y esto se revelaba en el convencimiento de que esos hombres sucios, viles, malolientes y molidos bajo moretones, escupitajos y heridas verdaderamente lograban adquirir en sus cuerpos los mecanismos redentores que Jesús de Nazaret había adquirido para sus apóstoles. Se volvían uno con él, lo reencarnaban. Los cuerpos vejados de aquellos «Cristos sucios» le daban al doctor Saucedo «una paz y una sensación de que la vida podía continuar», asegura en uno de sus cuadernos.

En mi lectura de esos documentos, que Ramírez me entregó no sin dificultad en copias apócrifas, Saucedo brinda observaciones que no dejan de sorprender por sus asociaciones

literarias o religiosas. Narraba que para muchos de sus crucificados, llegaba un momento de éxtasis o arrebató que se manifestaba en un abandono gozoso ante la muerte. Una separación, una distancia de sí mismos, del dolor. Los vagabundos observaban fijamente al médico en el punto límite, ya sin rencor, ni culpa, ni odio. En esa mirada desprendida, antes del final, los hombres agradecían su trance, aquella oportunidad de ser clavados y escupidos y levantados, aquel momento en que se habían convertido en el centro del mundo y sobre su cuerpo se colocaban y se disolvían todas las lacras humanas.

Las anotaciones de Saucedo afirman que algunos eyaculaban o que otros vaciaban sus estómagos en el momento de la revelación final, en un temblor postrero, como si este fuera el signo de una levedad trascendente, sagrada. No me fue difícil relacionar estos testimonios con los de otros místicos, acordes con las intuiciones que Adrián Ramírez había expuesto en sus reportes y charlas conmigo. El levantamiento era más que un crimen: era una expiación privada monitoreada, y a mi amigo lo frustraba que las autoridades implicadas en la resolución de estos hechos se contentaran con esgrimir un probable trastorno mental en el doctor.

Ramírez escribió cartas, se presentó en el hospital que empleaba a Saucedo, pidió entrevistarse con los peritos e investigadores del caso, pero sus gestiones nunca prosperaron. Él era un simple redactor, un periodista en la fuente policíaca, nada más. Lo veían como un alborotador, un chismoso. Así comenzaron las reticencias de sus contactos. Si en un principio pudo ver e incluso copiar fragmentos de los cuadernos de Saucedo, las puertas se le cerraron por temor a un escándalo.

Y es que Ramírez pensaba que más colegas, residentes y enfermeros estaban al tanto de las actividades del doctor. La aparición de Betancourt y Robles, muertos en la bodega mencionada, empuñados en alto por aquella cruz, de manera que se cree que uno detrás de otro sufrieron del tormento plenamente convencidos de sus consecuencias, no hizo sino enredar más las cosas y sumir a mi amigo Ramírez en un terrible descontrol. El doctor Saucedo conocía todos los procedimientos, ¿era posible que hubiera dado un paso más y tuviera las habilidades suficientes para convertirse en ejecutor de los mismos?

Ramírez luchó por documentarse, entrevistó a los antiguos pacientes del médico, empezó a quedarse en casa para organizar sus notas y cotejar las versiones, dejó de ir al trabajo. Recurrió al alcohol para olvidar sus insomnios, me llamaba de madrugada en el colmo de su inquietud para contarme sus pesquisas. Una noche, notablemente agitado, me telefoneó para decirme que había logrado sustraer una copia de los papeles de Saucedo con la intención de publicarlos. Había sobornado para obtener uno de los cuadernos, ahora temía por su seguridad.

Sentía que lo vigilaban, pero más que su propia vida, le preocupaba desatar el nudo en el caso de aquellos crucificados. ¿Por qué esa lentitud oficial ante los hechos? ¿Había matado el doctor a los muchachos? ¿Estaban a punto de traicionarlo o se habían entregado fascinados por la labia de Saucedo? ¿Había nuevos interesados en participar en estas ejecuciones y era preciso cortar todo intento apócrifo, toda posible equivocación? ¿Era posible, como aventuraba mi amigo

Ramírez, que existiera una larga cofradía de reproductores de la crucifixión que aún no encontrara descanso?

Todo eso me lo preguntaba a mí, que entonces sabía muy poco. A mí, que no tengo respuestas sino montones de interrogantes. Entonces, tras la lectura de los papeles que depositó por confianza conmigo unos días antes de su desaparición, cuando las llamadas anónimas contra su persona y las sospechas eran más violentas, comencé a hilvanar mis hipótesis. Primero lo hice como una muestra de amistad con Ramírez, pero día con día aquellos textos empezaron a perturbarme. Supe que las ideas de mi amigo no eran algo descabellado, que no éramos los únicos en contacto con aquella caligrafía, que tanto Betancourt como Robles leyeron los apuntes de Saucedo. Y era posible que ellos se prestaran por convicción propia a ser inmolados bajo la mirada ejecutoria e inmóvil del médico, imitando oscuramente al Dios Padre que observaba impávido la muerte de su Hijo.

¿Pero cómo lograr que todo esto pueda aclararse si se desconoce el paradero del internista y sus demás cuadernos de notas no han sido exhibidos ni investigados propiamente por las autoridades? ¿Y cómo liberarme de esta sensación de culpa por conocer todo esto y tener que guardármelo con temor a ser considerado un loco, bajo la amenaza y la censura policiales?

Temo por mí, porque me he reconocido en las necesidades y las búsquedas de otro. Quizá ahora me toque ir por un hombre cualquiera para clavarlo en una cruz y echar sobre él todo ese montón de lacras y crímenes, para así descansar y entender por fin las palabras de paz que un carpintero judío pronunció hace dos milenios. Acaso al final no hay nada monstruoso en lo que he contado y todos mis insomnios, divagaciones y pesadillas son solo la noción de una verdad que el doctor Saucedo atisbó antes de marcharse.

Una verdad que antes de él miraron otros, una verdad que él no pudo o no debe decir y que lo obliga a irse del mundo dejando este montón de muertos a sus espaldas, que lo hará terminar con su propia vida en un despoblado o lo llevará a renunciar a su identidad, su historia, sus privilegios, y caminar entre la oscuridad por las carreteras como un mendigo sucio y olvidado, sin señales que protejan su cuerpo, en espera o castigo de que otro, como él, lo crucifique. **C**